

Centenario de la Diócesis de Fukuoka

Misa de Inicio del Tercer Año de preparación

Liturgia del 15º Domingo del Tiempo Ordinario

Primera Lectura: Isaías 55:10-11

Segunda Lectura: Carta a los romanos 8:18-23

Evangelio: Mateo 13:1-23

Entramos en el último año de preparación para la celebración del centenario de la Diócesis de Fukuoka. ¿Cómo ha sido nuestro camino hasta ahora? ¿Qué bendiciones hemos recibido? ¿Hemos crecido en la conciencia de formar parte de esta comunidad diocesana? Hemos caminado estos tres años guiados por el tema de cada año.

¿Se ha fortalecido la comunión dentro de la comunidad parroquial gracias a nuestros esfuerzos con el tema del primer año? En el segundo año, el tema era “construir una iglesia abierta al futuro”. ¿Hemos podido volver a escuchar la voz de los niños en nuestras celebraciones? Ellos son una parte fundamental de esta "familia de fe" que es la comunidad parroquial. Estamos contentos al ver que los jóvenes participan en diversas actividades. ¿Nos hemos sentido enriquecidos por la presencia de hermanos y hermanas de otros países y culturas? ¿Cómo nos ha ayudado este contacto a ensanchar nuestro propio horizonte? El período de preparación para la celebración del centenario es un tiempo de gracia. Sin embargo, debemos aceptar esta gracia que Dios nos concede con un corazón abierto y responder a ella de manera concreta.

Como se indica en el Plan pastoral diocesano: “Recordamos **agradecidos** el largo camino recorrido por quienes nos precedieron en esta diócesis de Fukuoka. Nos sostiene **la pasión** que surge del encuentro con el Evangelio que, al mismo tiempo, nos anima a mirar el futuro con **esperanza**. “**Gratitud**”, “**pasión**” y “**esperanza**” son las luces que nos guían en nuestro camino”. Son tres palabras que quisiera que tuviéramos muy presentes. Estos tres sentimientos están expresados en la oración del centenario que hemos estado recitando durante los últimos dos años. Hoy, al recitar esta oración, les pido que reflexionen profundamente sobre estos elementos.

La lectura del pasaje del Evangelio proclamado hoy ilumina nuestro camino. Se trata de la conocida “parábola del sembrador”, que expresa la propia experiencia de Jesús. A partir del capítulo 5, el evangelista Mateo describe las actividades de Jesús. Nos cuenta

cómo proclamaba incansablemente el evangelio del Reino de Dios, cómo ofrecía liberación y sanación a muchas personas y cómo acogía a todos con profundo amor, incluso a aquellos que eran considerados “pecadores”. Sin embargo, las respuestas que Jesús encontró a esta actividad fueron diversas. Muchos escuchaban con alegría su mensaje y algunos lo seguían. Los líderes del pueblo, en cambio, se oponían a Jesús e incluso pensaban en matarlo. Se nos dice también que los miembros de la familia de Jesús intentaron detener sus actividades. Podemos pensar que había quienes escuchaban las palabras de Jesús, pero no asumían el camino que les mostraba. Como dice la parábola, había semillas que caían junto al camino, semillas cuyo crecimiento se veía obstaculizado por la maleza, semillas que se marchitaban rápidamente por la poca profundidad del suelo y también semillas que daban fruto. Cuando Jesús se retiraba a orar en lugares apartados, seguramente repasaba su experiencia de cada día, sintiendo a la vez alegría por las semillas caídas en tierra fértil y una cierta tristeza por aquellas semillas que se iban perdiendo. Sin embargo, nunca dejó de sembrar. Jesús estaba convencido de que ésta era la voluntad del Padre y esto era lo que necesitaban las personas con quienes se encontraba cada día.

Al regresar, los discípulos pidieron una explicación de la parábola. No es común en los evangelios que Jesús explique las parábolas. Se dice que en el trasfondo de esta explicación de la parábola se encuentra en la experiencia de las primeras comunidades cristianas. El testimonio de la comunidad y el trabajo de los misioneros no siempre daba los resultados esperados. No siempre se cosecharon los frutos previstos. Por ello, las comunidades debieron recordar las palabras de Jesús y buscar en ellas la luz que necesitaban. Ciertamente, algunas semillas sembradas no dieron el fruto esperado. De todos modos, las primeras comunidades vieron con gozo cómo muchas personas, en su encuentro con Jesús, vivieron una experiencia gozosa de salvación. Otras, sin embargo, no se atrevieron a dar el siguiente paso por razones diversas: una comprensión superficial del mensaje del Evangelio, el apego a las riquezas, el miedo a la persecución y otras dificultades. Sin embargo, los miembros de las primeras comunidades cristianas no dejaron de sembrar. A través del testimonio de la iglesia primitiva y de la labor de los misioneros, muchas personas recibieron el mensaje del Evangelio y asumieron una nueva forma de vida. Nosotros mismos nos podemos considerar fruto de aquella actividad misionera.

En nuestro contexto actual, 2000 años después, necesitamos escuchar con atención estas palabras de Jesús. Quizás nos sentimos desanimados cuando constatamos que

nuestras actividades no dan el fruto esperado. No debemos desanimarnos: estamos llamados a seguir sembrando la semilla del Evangelio, compartiendo la gracia de la fe que hemos recibido. Ésta es la voluntad de Dios y lo que la gente necesita. Como se afirma en la primera lectura del profeta Isaías: “Como bajan la lluvia y la nieve del cielo y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, ... así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad y cumplirá su misión”. Es un mensaje que no podemos olvidar.

El tema del tercer año de preparación para el centenario de la diócesis es: **“Queremos ser una “iglesia en salida”, compartiendo el camino con quienes viven experiencias de marginación y esforzándonos para testimoniar y anunciar a todos el Evangelio”**. Para lograrlo, el Plan Pastoral señala tres prioridades:

La primera es: **“Meditar y compartir la Palabra de Dios, que es la fuente que sostiene el caminar de una iglesia en salida”**. En otras palabras, se trata de profundizar la experiencia de fe. Si la llama del Evangelio no arde en nuestros corazones, no sentiremos nunca el deseo de compartir su luz. Al compartir la alegría de la fe, esa alegría no disminuye, sino que crece y se incrementa. Pido a cada parroquia y comunidad que creen un espacio para compartir la Palabra de Dios o un grupo de estudio bíblico. A las parroquias y comunidades donde ya existen estos grupos, les pido que procuren aumentar el número de participantes y profundicen la experiencia. A las parroquias que no cuentan con un espacio así, les pido que hagan lo posible por crearlo.

La segunda prioridad es: **“Crear oportunidades para que otras personas entren en contacto con el Evangelio”**. El testimonio de vida cristiana por parte de cada uno es fundamental, pero también son necesarios esfuerzos concretos. Especialmente en la era moderna existen diversas posibilidades, incluso a través de los medios digitales. Sin embargo, me gustaría que consideraran lo siguiente: ¿Alguna vez han invitado a alguien a la iglesia? ¿Qué los impulsó a hacerlo? ¿Qué les resultó difícil? Invitar concretamente a otras personas es fundamental para la evangelización. Ahora bien, tanto el sacerdote como la comunidad han de estar dispuestos a recibir calurosamente a quien llega. Esforcémonos en este punto durante este año.

La tercera prioridad es: **“Trabajar, a través de una amplia variedad de actividades, para crear una sociedad que responda al proyecto de Dios para la humanidad”**. Si bien existen actividades que se realizan a nombre de la iglesia, es también muy importante la

nuestra colaboración en actividades organizadas por otros grupos que trabajan por los derechos humanos, la paz, la atención a los pobres, etc. Ambas cosas son importantes. Si miramos la realidad con los ojos de la fe y nos relacionamos con las personas con un corazón como el de Jesús, entonces surgirá naturalmente en nosotros el deseo de crear una sociedad donde cada individuo sea respetado como hijo de Dios y conviva en armonía con los demás. Al mismo tiempo, es natural sentir un profundo dolor cuando vemos que se pisotea la dignidad de los seres humanos, creados a imagen de Dios. Estamos llamados a apoyar y actuar en favor de quienes sufren de diversas maneras en la sociedad actual. Este es un aspecto importante de la acción de la iglesia.

Me gustaría que cada parroquia, grupo o comunidad considerara cómo puede abordar estas prioridades. Intentemos determinar alguna acción concreta. No importa que se trate de una iniciativa pequeña.

Puede que nuestros esfuerzos no den los frutos esperados, pero no dejemos de sembrar y cumplamos la misión que Jesús nos encomendó. Esto nos preparará para celebrar significativamente nuestro centenario. Que el tercer año sea un tiempo de gracia.